

13. LA EXPIACIÓN

"Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra", - Pablo

La palabra "expiación" significa unión. El **pecado había traído la miseria, y la miseria había traído una incomprensión del carácter de Dios.** Así, los hombres habían llegado a odiar a Dios en lugar de amarlo; y odiándolo, al único Padre, los hombres también odiaron al hombre, su hermano. Así, en lugar de la única familia y el único Padre, los hombres estaban separados de Dios y de los demás, y apartados por el odio y el egoísmo. Debe haber una expiación.

La expiación sólo puede hacerse revelando el amor de Dios, a pesar del pecado y el dolor, para que los corazones de los hombres sean tocados por la ternura; y ellos, siendo liberados de los engaños de Satanás, puedan ver cuán completa y terriblemente han malinterpretado al Divino, y así han despreciado el Espíritu de su gracia. Así podrán ser conducidos, como hermanos que regresan, a la casa del Padre en feliz unidad.

La expiación no es para apaciguar la ira de Dios, para que los hombres se atrevan a acudir a él sino para revelar su amor, para que *puedan venir a él.* No fue Cristo reconciliando a Dios con el mundo, sino Dios en Cristo

reconciliando al mundo a sí mismo. En ninguna parte se dice que Dios necesitaba reconciliarse con nosotros; él dice: "No os he abandonado, sino que vosotros me habéis abandonado." Y Pablo dice: "Os ruego en nombre de Cristo que os reconciliéis con Dios." Esta era la pregunta que necesitaba ser respondida: ¿Cómo puede ser que Dios sea nuestro Padre, y que él es amor, cuando sufrimos tanto, y a menudo tan injustamente, y sin embargo ninguna voz rompe el silencio, ningún toque del Padre alivia nuestro dolor? La pregunta debía ser respondida por Dios, a través de Cristo, rompiendo el silencio, y a través de él, sanando a los enfermos y resucitando a los muertos, profecía del tiempo en que, roto el poder de Satanás, todas las lágrimas serán enjugadas.

Así se reveló que la miseria no era la voluntad de Dios, el resultado de su ira, sino que era la voluntad del diablo, el resultado del pecado. **Toda la vida de Cristo, desde el pesebre de Belén hasta la cruz del Calvario, fue una vida de amor inmaculado, de amor puro y sin adulterar.** ¿Pero quién era Cristo? La palabra significa "ungido." Él fue el ungido de Dios, ungido con el Espíritu de Dios para vivir la vida de Dios en la tierra. Dijo el ángel: "Llamarán su nombre Emmanuel, que traducido es, DIOS CON NOSOTROS.

¡Ah, sí! Ya había habido suficientes dioses antes de que Jesús viniera a revelar al mundo perdido el conocimiento del Padre. En Egipto se decía que era más fácil encontrar un dios que un hombre; tan numerosos eran. El problema era que ninguno de ellos era "nuestro Padre." Ninguno estaba "con nosotros." Todos eran dioses lejanos, en la distancia y en la penumbra, y ninguno de ellos amaba el alma humana. Había dioses de la guerra, y dioses de la tormenta, y dioses de la lujuria, y del robo, y de la borrachera, hasta que toda pasión vil y furiosa del alma perdida, era deificada y adorada, para arrastrar el alma al pecado y a la miseria resultante. Había un dios en las nubes que lanzaba las flechas de los relámpagos furiosos; un dios en el océano para agitar las olas en lo alto y hacer naufragar los barcos cargados con vida

humana; un dios en la tierra para hacerla temblar de espanto, y verter lava desde lo alto de la montaña, desolando las ciudades en su base; un dios en todas partes para la ira y la destrucción; un dios en todas partes cuya ira debe ser apaciguada por algún sacrificio sangriento; un dios en todas partes pero siempre demasiado lejos para ser alcanzado por las oraciones de la fe temblorosa, que surgen de las almas que sufren.

Pero cuando Jesús vino, era Dios con nosotros: con nosotros en el dolor, pues era varón de dolores y experimentado en quebranto; con nosotros en la alegría, pues también él se alegró en las bodas; con nosotros en la infancia, porque fue un niño, y hasta la tímida oración del niño puede llegar a su corazón; con nosotros en la juventud, porque conoce todos sus resbaladizos caminos, todos sus inquietantes temores, que tan silenciosamente ocupan el lugar de los fantasmas fugaces de sus altos ideales, y de sus altas esperanzas no realizadas; con nosotros en la pobreza, pues no tenía dónde recostar la cabeza; con nosotros en el trabajo y el cansancio, pues era carpintero e hijo de carpintero; con nosotros en la persecución, pues fue llevado como un cordero al matadero; con nosotros en la triste hora de la despedida definitiva de los seres queridos, pues ¿no dijo en la cruz a Juan: "Ahí tienes a tu madre?", con nosotros cuando nuestra fe está a punto de fracasar, porque ¿no dijo él también en la angustia del espíritu, "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" Con nosotros en el oscuro valle de la muerte, pues él "también participó de ella, para destruir por medio de la muerte al que tenía el poder de la muerte" es decir, al diablo". ¡Ah, sí! Él era

"Emanuel, que traducido es, Dios con nosotros." **¡Cómo desaparecen las falsedades del diablo al contemplar a Dios revelado en Jesucristo! ¡Cómo el alma alejada vuelve a su casa natal, y se convierte en uno con Dios!** "Sí, el gorrión ha encontrado una casa, y un nido para sí mismo, donde puede poner sus crías, hasta tus altares, oh Señor de los ejércitos, mi Rey y mi

Dios". ¡Qué maravilla que el recién convertido Pablo predicara a los idólatras atenienses la verdad de que Dios no está lejos de cada uno de nosotros! Lo descubrió en el viaje a Damasco, cuando la luz brilló a su alrededor, y una voz le dijo: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?".

Esta misma verdad gloriosa había sido revelada a los fieles en el pasado. Fue así como Enoc había caminado con Dios. Fue esto lo que Jacob aprendió aquella noche en Betel. ¿Hubo alguna vez en que Dios *pareciera* estar más lejos de cualquier alma humana que de Jacob aquella noche? Exiliado de su casa a causa de su propio pecado y el de su madre, un vagabundo cansado en el desierto sin casa a la vista, con la noche creciendo a su alrededor, y sólo una piedra como almohada, la tierra húmeda debajo, y aparentemente sólo las estrellas vigilantes en lo alto... ¡ah! Si alguna vez hubo un momento en que Dios *parecía* estar lejos, y el corazón estaba solo y desolado, y el futuro era desconocido, era entonces. Pero Dios reveló incluso al pecador Jacob la verdad de que de cada alma humana hay una escalera que llega al cielo, y que por ella suben y bajan los ángeles de Dios, y que desde la cima nuestro Padre mira amorosamente a su hijo con promesas y bendiciones. También nosotros, desde la hora de la oscuridad más profunda, podemos despertarnos sabiendo que "ésta no es otra cosa que la casa de Dios. Y esta es la "puerta del cielo."

Fue esto también lo que vio Job cuando, en medio de sus aflicciones, la propiedad consumida, la salud perdida, abandonado por los amigos, incluso su esposa instándole a maldecir a Dios y morir, aun así con una fe magnífica, que mostraba lo cerca que estaba Dios de su alma a pesar de todas las desgracias de la vida, dijo: "Yo sé que mi Redentor vive, Y al fin se levantará sobre el polvo: Y después de deshecha esta mi piel, Aun he de ver en mi carne a Dios."

Estas personas, como Abraham, vieron de antemano el día de Cristo, y al verlo, se alegraron. En Cristo se reveló así el amor de Dios a pesar del dolor que ha traído el pecado, un amor que se rebajó voluntariamente a cargar con

nuestros pecados y a compartir nuestras penas, para llevarnos a Dios; un amor que, incluso ahora, en la nube de tormenta más oscura, pinta el arco de la promesa, y que enderezará lo torcido y suavizará las asperezas, para que toda carne vea su gloria.

En verdad, "él es nuestra paz, que ha hecho de ambos una sola cosa, y ha derribado la pared intermedia de separación entre nosotros", de modo que ya no somos "extraños y advenedizos, sino conciudadanos de los santos y de la familia de Dios". Él ha hecho la expiación, habiéndonos reconciliado con Dios, de modo que, por medio de él, el hombre con el hombre y el hombre con la familia de Dios serán llevados a la feliz unidad. Y no sólo el hombre con el hombre y el hombre con Dios, sino que en el amor de Dios revelado en Jesucristo, todas las criaturas inteligentes y moralmente responsables encontrarán su punto de encuentro, su descanso y la hermandad universal del ser, "para que en la dispensación de la plenitud de los tiempos reúna en uno todas las cosas en Cristo, tanto las que están en el cielo como las que están en la tierra, en él, en quien también hemos obtenido una herencia."

Es la bondad de Dios la que nos lleva a la casa del Padre en arrepentimiento. Esta bondad se revela por medio de Cristo; porque "a él ha exaltado Dios como Príncipe y Salvador, para dar a Israel el arrepentimiento y el perdón de los pecados."

El mundo teológico se divide en dos grandes escuelas. La primera de ellas está representada por la llamada ortodoxia, la última por el unitarismo. La primera de estas escuelas habla siempre de la muerte de Cristo; la última, de su vida.

Ahora bien, es imposible insistir demasiado en la muerte de Cristo; y es también imposible detenerse demasiado amorosamente en el recuerdo de su vida, pero esos dos tampoco deben estar separados en pensamiento.

Nada terrenal es más capaz de inspirar el alma y elevarla hacia el noble esfuerzo que la abnegada y heroica muerte del mero héroe humano; **pero esa muerte es inspiradora, se vuelve heroico, de hecho, sólo cuando se toma en conexión con la vida**, con las circunstancias que lo llevaron a la muerte. Así con la muerte del divino Hijo de Dios; no es solamente la muerte, sino también la vida, porque Pablo dice: "Si cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su hijo, mucho más, siendo reconciliados, seremos salvos por su vida."

La muerte de Cristo se vuelve significativa sólo cuando se toma en conexión con su vida de abnegación, que condujo a y fue la causa de su muerte. Sólo así la muerte tiene poder para revelar el amor de Dios a fin de reconciliarnos con él; y fue durante esa vida que Dios tejió en él el manto perfecto e inmaculado de su justicia que, por la fe, se atribuye primeramente a nosotros y luego forjada en nosotros, cubriendo y subyugando así todos nuestros pecados. Por tanto exaltemos por siempre la vida y la muerte del hijo de Dios como la esperanza de salvación del mundo. Fueron estos los que hicieron esa expiación; y no hay "ningún otro nombre bajo el cielo dado a los hombres, en que podamos ser salvos."

La primera de estas escuelas teológicas, descuidando casi por completo y fallando en comprender la humanidad de Cristo, exclama siempre: "*¡Ecce Deus!*" (Mirad el Dios); mientras que el último, negando la divinidad de Cristo, retoma el grito: "*Ecce ¡homo!*" (He aquí el hombre) Al autor le parece que ambos cometen un error grave o fatal.

Con referencia al primero diría, Dios es amor. Amor, y por lo tanto Dios, se revela más en Jesucristo cuando recordamos que en él, para nuestro bien, **la divinidad tomó sobre sí la humanidad, con toda su debilidad y cansancio, con todas sus pasiones, y amores, y anhelos, y con todas sus tenta-**

ciones. De hecho, sólo así Cristo revela a Dios, y es él mismo divino, porque Dios es amor.

Por otro lado, si Jesús era sólo humano, y no el Hijo divino, ¿cómo es que su vida trasciende tanto a todas las demás vidas jamás vividas en el mundo, imponiéndose tan por encima de todos los hombres de su tiempo y de todos los otros tiempos, como para estar solo, el centro de tipo y memorial, de profecía e historia, de esperanza y fe, para edades pasadas y venideras? Si sólo es humano, ¿cómo revela más que lo humano? ¿Cómo es que revela a Dios de tal manera que atrae el mundo de vuelta a Él? si solo es humano, ¿qué puede hacer por la raza humana, sólo para levantar, tal vez, la marea de sus aspiraciones y anhelos un poco más altos sin aumentar el poder para una posible realización? Esto no fue sino para aumentar su miseria burlándose de ellos con imposibilidades. No sería más que sostener sobre ellos la manzana de la vida, sólo manteniéndolo siempre fuera de su alcance. ¡Ay, no! Esto no es como Dios. Cualquiera de estos extremos es fatal.

Simplemente necesitamos creer en el registro bíblico de la encarnación. No podemos entenderlo. ¿Qué hemos entendido siquiera del misterio, incluso de la vida vegetal y animal? Aquí la razón falla, y la ciencia más descarada permanece muda, y sin embargo aquí creemos y sabemos. ¿Por qué deberíamos maravillarnos de que la vida divina en Cristo, y por él en nosotros, debe ser un misterio; y por qué negarse a creer en ello porque es un misterio? ¿Qué significa la encarnación? – Simplemente esto, que Dios estaba en Cristo, reconciliando consigo al mundo; que Jesús era divino y sin embargo humano, Dios perfecto y hombre perfecto, Hijo de Dios, e Hijo del hombre; que con el brazo divino pudiera asirse del trono del Infinito, mientras con el brazo humano pudiera rodear a la humanidad, con todos sus males y necesidades, con todas sus hambres y angustias, y rodearla para levantarla, para unirla con Dios, haciendo así la expiación. Esto, repito, como el misterio de la vida infe-

rior, puede estar más allá de nuestros razonamientos, pero no es irrazonable, porque es como Dios; porque esto es amor y “Dios es amor.”